

¿Que 50 años no es nada...?

La Vida Consagrada del Vaticano II a nuestros días

Martín Gelabert Ballester, OP

Facultad de Teología. Valencia

1.- EL DECRETO DEL CONCILIO VATICANO II SOBRE LA VIDA RELIGIOSA

Los cincuenta años a los que se refiere el título son los transcurridos desde la proclamación del decreto *Perfectae Caritatis* del Concilio Vaticano II sobre la adecuada renovación de la vida religiosa. En estos años la Vida Consagrada se ha mantenido viva y pujante en la Iglesia. Incluso han aparecido nuevas Congregaciones. En este sentido bien puede decirse que cincuenta años no son nada, puesto que las Ordenes y Congregaciones religiosas siguen estando presentes y desempeñando su papel como siempre lo han hecho. Los grandes cambios en la Iglesia y en la sociedad requieren más tiempo.

El Concilio reconoció que la vida religiosa “trae su origen de la doctrina y ejemplos del divino Maestro y aparece como signo clarísimo del reino de los cielos”. Por eso, sigue diciendo el Concilio, “ya desde los comienzos de la Iglesia hubo hombres y mujeres que, por la práctica de los consejos evangélicos, se propusieron seguir a Cristo con más libertad e imitarlo más de cerca, y, cada uno a su manera, llevaron una vida consagrada a Dios. Muchos de ellos, por inspiración del Espíritu Santo, vivieron vida solitaria o fundaron familias religiosas que la Iglesia recibió y aprobó de buen grado con su autoridad”¹.

El Concilio, además de reconocer la importancia de la vida religiosa en la Iglesia, impulsó una renovación de la misma, bajo el lema de "retorno constante a las fuentes", invitando a reavivar “el espíritu y propósitos propios”² que impulsaron a fundadores y fundadoras, no porque se hubieran perdido, sino porque siempre es necesario recordar de dónde venimos para saber quienes somos y a donde vamos, y porque siempre es necesario cuidar las raíces para que los frutos sigan siendo buenos.

Pero para el Concilio no se trataba solo de una vuelta a las fuentes, sino también de “una adaptación a las cambiadas condiciones de los tiempos”³. En efecto, volver a las fuentes no es repetir el pasado, sino vivir el espíritu que movió a los fundadores, en circunstancias distintas a las que a ellos les tocó vivir, entre otras cosas porque esas circunstancias ya no existen. Y si alguien intentase repetir este pasado, trasplantándolo a nuestro presente,

¹ *Perfectae Caritatis*, 1

² *Perfectae Caritatis*, 2

³ *Perfectae Caritatis*, 2

mediante normas o costumbres antiguas, por una parte resultaría ridículo y, por otra, no sería significativo para las personas de hoy. Hoy la fidelidad se llama adaptación y pide creatividad.

A veces, precisamente para descalificar determinadas formas actuales de vivir el carisma de fundadoras y fundadores, se oyen expresiones de este estilo: “Si Santo Domingo levantara la cabeza”. La expresión, en sí misma, no significa nada. Aunque es claro que con ella se apela a la nostalgia de un pasado que nunca volverá y que probablemente nunca fue como se imaginan los que anhelan su vuelta. Naturalmente, si alguien como santo Domingo (con sus condicionantes culturales) apareciera hoy, tendría que hacer un esfuerzo muy grande para reconocer en el presente de la Orden, la necesaria actualización de su proyecto. Se encontraría totalmente desubicado. La inversa también es verdad: si un dominico de hoy, con sus experiencias y estudios, pudiera, por un imposible, viajar hacia el pasado, hasta el siglo XII, tampoco se reconocería en la figura de Domingo y sus frailes.

Cada cosa tiene su momento y en su momento debe juzgarse. Los creyentes también tenemos nuestro tiempo. Como lo tuvo Jesús. Aunque ya el cuarto evangelio, el de la “alta cristología”, parece adivinar que el futuro de Cristo iba a ser muy distinto de su presente histórico. Por eso sitúa al Espíritu Santo como el que “interpretará” lo que vaya viniendo (Jn 16,13). De ahí la necesidad de distinguir entre arqueología y fidelidad a la tradición. La tradición es dinámica. Y la fidelidad se mantiene en la renovación. O dicho de otro modo: la auténtica fidelidad es creativa. Las repeticiones son la mayor de las infidelidades.

Así se explica que, a lo largo de la historia, hayan aparecido nuevas y distintas Congregaciones religiosas, precisamente porque los fundadores fueron suficientemente lúcidos para responder evangélicamente a necesidades y problemas nuevos que antes no existían. También esto explica, en parte, la desaparición de algunas Congregaciones y Ordenes, cuyo carisma ha quedado sin objeto. Y eso explica la necesidad que todos tenemos de adaptar nuestros carismas, que siguen teniendo una gran actualidad y siguen siendo muy necesarios, a nuevas circunstancias que nuestras fundadoras y fundadores ni conocieron ni pudieron prever. La acogida de pobres y enfermos es hoy tan actual como lo era en tiempos de san Vicente de Paul, pero es claro que la atención a los enfermos no puede hacerse hoy de la misma forma que entonces.

Todos los que estamos aquí podemos decir que “somos hijos de santos”, herederos de un carisma, de un espíritu. Pero hemos sido educados de forma distinta a como educaban nuestros fundadores y fundadoras, de la misma forma que los padres educan a sus hijos de forma distinta a como les educaron a ellos. Nuestros formadores forman hoy a los candidatos

a la vida consagrada con unos medios, formas y estilo diferentes a como les educaron a ellos. Y, sin embargo, hay un aire de familia que a todos nos identifica y hasta nos traiciona. La Vida Consagrada, lo mismo que la Iglesia, está en un permanente estado de adaptación.

2.- EN 50 AÑOS HAN OCURRIDO MUCHAS COSAS: ¿UNA MUERTE ANUNCIADA?

Volvamos a los cincuenta años transcurridos desde el acontecimiento conciliar. Porque en estos años han pasado muchas cosas en la Iglesia, en la sociedad y en la vida religiosa. Es evidente que en estos años se ha producido una disminución notoria de los consagrados. Somos menos y más mayores que hace cincuenta años. Esta es la razón que ha provocado, en España y en otros países, que casi todas las Congregaciones unifiquen fuerzas, en forma de unión de Provincias y, a veces, hasta de unión de Congregaciones.

Algunos ven en esta disminución numérica una prueba de la decadencia de nuestras Congregaciones. La causa de esta decadencia la encuentran en la falta de espíritu religioso, en la secularización galopante de nuestras vidas, en la falta de santidad, por no decir, en el estado de corrupción en el que vivimos. Si seguimos así, en poco tiempo moriremos, casi como un justo castigo de Dios. En un conocido blog, de corte integrista, se puede leer: “Desde hace cincuenta años, maldita primavera conciliar, los religiosos emprendieron una acelerada carrera hacia el abismo... Estamos ante unas cifras críticas... Pero lo verdaderamente preocupante es que están podridos”. Este análisis acaba con una preocupante pregunta: “¿qué joven va a entrar en un asilo de ancianos sin ilusiones ni futuro?”.

Nunca me han convencido este tipo de diagnósticos. Hace tiempo que vengo notando un dato que pocos discutirán: nuestras hermanas, las monjas de clausura, que han llevado y siguen llevando una vida austera y observante, que han sido cumplidoras hasta la extenuación, se encuentran en una situación numérica y vocacional casi peor que la de las congregaciones de varones y mujeres de vida activa. En los claustros de nuestros monasterios no ha entrado la secularización y, sin embargo, también sufren la falta de vocaciones. Por otra parte, la crisis vocacional es un problema de toda la Iglesia, al menos en España: también los seminarios están vacíos. ¿Será que todos somos malos y no queda ni uno bueno? No hay que dejarse deslumbrar por cifras que algunos presentan concentradas en un determinado lugar. Son eso: concentraciones de todos los miembros en un mismo lugar⁴.

⁴ Aparte de que en todos los tiempos han aparecido grupos y congregaciones nuevos, y todo lo que comienza suele hacerlo con un poco de fuerza. Se requiere tiempo para juzgar la vitalidad futura de esos comienzos.

Cierto, en España las vocaciones a la Vida Consagrada son menos que hace unos años. Pero si comparamos cifras de católicos con el número de vocaciones, si sacamos el tanto por ciento de religiosas y religiosos que corresponde a la población mundial católica, el resultado seguramente será que España está entre los países que encabezan el ranking o la clasificación. Eso de que somos pocos es una eterna cantinela que vengo escuchando desde que soy dominico. Yo hice el noviciado con 18 años y entonces ya éramos pocos. Ahora nos gustaría estar como antes.

A mi entender, la crisis vocacional se debe a un problema de sociedad. Ya no estamos en una sociedad agraria, sino ciudadana. Por otra parte, en España estábamos todavía hace 60 años en lo que se conoce como sociedad de cristiandad. En sociedades de cristiandad, además de pobreza social y vida campesina, se identifica el ser ciudadano con el ser católico. Todo el mundo se veía casi obligado a guardar las apariencias “católicas” y recurrir para casi todo a la Iglesia. Hasta 1978, en España, el único matrimonio reconocido era el católico. Si uno era protestante y, no digamos, si era ateo y quería ser coherente con su increencia y no realizar el rito católico, se veía obligado a pasar un verdadero calvario para casarse, si es que lo lograba. Pues bien, a las sociedades de cristiandad, que no es lo mismo que cristianas, les corresponden conventos llenos, lo que no significa llenos de buenos frailes o de buenas religiosas. Conventos llenos de gente que, en otras circunstancias sociales, no hubieran entrado.

Este problema de sociedad va unido a un problema cultural que tampoco favorece las vocaciones. Internet y todo lo asociado a internet ha creado una realidad virtual en la que, por desgracia, también han entrado religiosas, religiosos y sacerdotes. No estoy criticando el progreso, ni tampoco ignoro las grandes ventajas de internet y sus enormes posibilidades, también para la evangelización. Pero eso no quita que la red haya creado un mundo, un ambiente, en el que muchos viven aislados creyéndose muy comunicados, en el que se confunde la ilusión con la realidad, y en donde todo parece inmediatamente accesible sin necesidad de ningún esfuerzo. Detrás de muchos contactos, de muchas conversaciones, de muchas imágenes, no hay nada. Solo el vacío y la mentira. El sexo por internet es ya una más de las muchas adiciones que afectan a las personas, con las consecuencias que esto tiene luego en la vida familiar, sacerdotal y en nuestras comunidades de consagrados. Esta realidad virtual no hace distinciones entre pobres y ricos, entre el primer mundo y el tercer mundo. Es una realidad falsa que a todos nos iguala y afecta. La vida religiosa exige autenticidad, verdad y solidez. La cultura virtual no favorece, más bien anula e impide, estos presupuestos que necesita toda vocación y toda vida consagrada.

En este lecho social y cultural estamos. De pronto nos hemos dado cuenta de algo que siempre ha estado ahí, pero disimulado por el ambiente, a saber: que el evangelio es para todos, pero solo lo abrazan en serio minorías. Como hoy la gente es más libre y está menos condicionada socialmente, no necesita guardar las apariencias, y nos encontramos con la realidad de este cristianismo que solo abrazan en serio minorías. A una sociedad así, secularizada, le corresponden grupos minoritarios de cristianos comprometidos, aunque quizás más serios y conscientes de su fe⁵. No hay que extrañarse de que las vocaciones a la vida religiosa sean pocas. Es lo que “debe” ser.

La vida religiosa no se encamina a la muerte. Puede y debe purificarse, pero no morir, porque es necesaria para la buena vitalidad eclesial. Eso sí, habrá que replantear muchas cosas, y organizarnos con realismo, teniendo en cuenta la nueva situación socio-eclesial de hoy. Incluso podríamos decir que la situación actual tiene sus ventajas: todos somos necesarios y no nos podemos permitir el lujo de prescindir de nadie. Hay trabajo para todos. A algunos les sobra trabajo y otros no tienen más porque no quieren. También hay religiosos y religiosas desocupados que viven permanentemente cansados, pero este es otro asunto, seguramente más notorio antaño que hogaño. La mies es muy abundante; los obreros siempre ha sido pocos. La oración al dueño de la mies no garantiza la abundancia de obreros. Eso, dejando aparte que los números no son sinónimos de eficacia, ni de calidad, ni de fidelidad.

Este análisis no quita, más bien todo lo contrario, la necesidad de un fuerte impulso espiritual y de una fuerte renovación interior. Esta renovación espiritual es hoy más necesaria que nunca, puesto que vivimos nuestra consagración en un ambiente hostil, que no favorece ni comprende nuestra vida. La dificultad ambiental debería movernos a afincar con más fuerza nuestra vida en Cristo, a revitalizar la dimensión teológica de nuestra vida. Precisamente las dificultades ambientales, unidas a otras de tipo eclesial, invitan a dejar clara la necesidad y la identidad de la vida religiosa.

3.- DEJAR CLARA NUESTRA IDENTIDAD

⁵ Este análisis sobre el presente podría completarse con algunas consideraciones sobre el pasado. Las sombras que hoy aparecen, también existían en el pasado. Pongo un solo ejemplo, de mi propia casa. Sería interesante realizar una lectura de lo que se esconde detrás de algunos relatos de Constantino de Orvieto (*Narración*, 53) o de Humberto de Romans (*Narración*, 36, 38, 55) sobre frailes que abandonaban a Santo Domingo o sobre las reprensiones e incluso los castigos que infligía a los frailes, según algunos testigos del proceso de canonización; o las quejas de Jordán de Sajonia por los superiores que no se preocupan del estudio de los frailes (los textos a los que hago alusión en VITO-TOMÁS GÓMEZ GARCÍA, *Santo Domingo de Guzmán. Escritos de sus contemporáneos*, Edibesa, Madrid, 2011, págs.. 473, 530, 531 y 544). Hay pasados idealizados. Pasados ideales ya es más dudoso.

3.1.- *Un carisma y un estilo de vida*

No se trata de recuperar nuestra identidad religiosa, porque no la hemos perdido, pero sí de dejarla clara, porque incluso dentro de la Iglesia hay quién no acaba de entender y valorar adecuadamente nuestro ser consagrado. En realidad, consagrados somos todos los bautizados. El bautismo nos une con Cristo y nos hace miembros de la Iglesia, el pueblo de los que forman precisamente el Cuerpo de Cristo.

El Vaticano II, y en su estela los documentos posteriores de la Iglesia, califica la vida religiosa de “peculiar consagración, que radica íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa con mayor plenitud”⁶. Peculiar es lo propio o característico de una persona. Los religiosos viven su cristianismo con unas especiales características, distintas de las de otros cristianos. Porque la Iglesia no es un partido político, en el que todos hacen, dicen y piensan igual, sino una comunión, en la que la diversidad no separa, sino que enriquece. La vida religiosa solo se entiende dentro de una Iglesia de comunión enriquecida por el Espíritu con distintos carismas, ministerios y estados de vida.

Un texto claro a este respecto es 1 Co 12,4-7: “hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diversidad de actuaciones (de formas de vivir), pero un mismo Dios que obra todo en todos. A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común”. El carisma es un “fruto del Espíritu Santo”⁷, que capacita y anima a los fieles “para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y mayor edificación de la Iglesia”⁸. El ministerio es un servicio que la Iglesia pide a algunos para realizar funciones litúrgicas, de gobierno o de enseñanza. El estilo de vida es una opción por la que cada uno ordena su vida según el modo al que se siente llamado por el Señor y que mejor adecua a su personalidad, talante, posibilidades y carácter.

Carismas, ministerios y estilos de vida se pueden combinar entre sí, dando lugar a una inmensa gama de matices, de colores y de expresiones. El Espíritu enriquece a la Iglesia, haciendo que en ella cada uno pueda encontrar el puesto y el servicio más adaptado a su talante y carácter. Pero, al estar todos unidos por el mismo Espíritu, nadie considera que el carisma o ministerio del otro le es ajeno, sino que ve en el servicio y vida del otro algo que también es suyo. En esta riqueza con la que el Espíritu adorna a su Iglesia es posible encontrar todo tipo de combinaciones.

⁶ *Perfectae Caritatis*, 5

⁷ PABLO VI, *Evangelica Testificatio*, 11

⁸ VATICANO II, *Lumen Gentium*, 12.

La religiosa, el religioso se siente llamado a un tiempo a realizar un determinado carisma, a vivir un estilo de vida y, a veces, a ejercer un ministerio. Los dos primeros aspectos son esenciales. El ministerio no caracteriza esencialmente a la vida religiosa, aunque en muchos casos la acompaña y la determina. Por eso, dice *Lumen Gentium*, 43, que el estado religioso “no es intermedio entre el de clérigos y el de laicos, sino que de uno y otro algunos cristianos son llamados por Dios para poseer un don particular en la vida de la Iglesia y para que contribuyan a la misión salvífica de ésta”.

La vida religiosa es, por tanto, un carisma reconocido pública y oficialmente por la Iglesia y un estilo de vida regulado por la Iglesia. Este estilo de vida comporta una doble característica de suma importancia eclesial: la vida común y la profesión de los consejos evangélicos. La importancia eclesial está en que, por una parte, este estilo de vida realiza lo que es la Iglesia. Por otra, este estilo de vida es una llamada a todos y cada uno de los cristianos para que sean lo que deben ser. La vida religiosa es así un sacramento (signo = señal; e instrumento = realización) de la Iglesia y para la Iglesia.

3.2.- Vida común

La vida común es la gran oferta que hoy puede hacer la vida religiosa al mundo y a la Iglesia. La vida común, en el seguimiento de Cristo, es signo (sacramento) de lo que la Iglesia es y quiere ser, y responde a la aspiración, a veces no bien formulada, que hay en el corazón de todos los seres humanos. La Iglesia es una comunión. La vida común, en las comunidades religiosas, realiza concretamente lo que es la Iglesia: un espacio donde se vive la fraternidad en la amistad, porque todos nos sabemos y sentimos hijos de Dios, hermanos en Cristo y partícipes del mismo Espíritu. Las comunidades religiosas se convierten así en un reflejo del misterio Trinitario, de esta comunión de Amor que es el Dios revelado en Jesucristo.

Los cristianos, desde siempre, se han agrupado en comunidades para vivir su cristianismo. Esto es claro en la Iglesia primitiva: “todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común”, recuerda el libro de los Hechos (2,44). Y añade que su manera de vivir era llamativa y suscitaba una pregunta en quienes les veían (Hech 2,47; 4,33). Con la expansión social del cristianismo a partir de Constantino, las primitivas iglesias domésticas pasaron a ser edificios suntuosos y el sentimiento de comunidad se debilitó. La parroquia es un vestigio de esta necesidad de agruparse los cristianos en comunidad. Pero la antigua comunidad de vida tan solo se mantuvo, al menos como ideal, en los monasterios.

No es extraño que hoy se sienta un poco por todas partes la necesidad de recuperar el estilo de vida comunitario, pues ahí se manifiesta de forma más plena y visible la naturaleza

de la Iglesia. Las comunidades religiosas no son mejores ni peores que otras comunidades, pero dan un testimonio público, están en función de una misión y, por tanto, favorecen la realización de un determinado carisma; cuentan con una experiencia a veces secular; en ellas se comparte todo (la casa, los bienes materiales, los espirituales, toda la vida ¡y hasta la muerte!), y eso de forma continua (lo que exige una constante conversión y aceptación del hermano o la hermana); gozan de una estabilidad que difícilmente se logra en otro tipo de comunidades; esta estabilidad se favorece por el hecho de que la iglesia las reconoce como tales comunidades para una determinada misión y por ello avala y protege sus modos de funcionamiento. En este sentido, las comunidades religiosas son un testimonio para el mundo y favorecen la realización personal de sus miembros.

3.3.- Vida célibe

Además, las comunidades religiosas, por su modo fraterno y célibe de vivir, significan la fraternidad que Jesús quiso instaurar y anticipan el mundo definitivo que Dios prepara para todos los que le aman. En efecto, el matrimonio es un asunto de este mundo. No es una realidad definitiva. Lo definitivo no lo simboliza el matrimonio, pues “en la resurrección no se tomará marido ni mujer” (Mt 22,30). ¿Quién simboliza y anticipa lo definitivo? Aquellos y aquellas que hacen de su vida un símbolo de que Cristo es el único esposo de la Iglesia.

De ahí el interés de Jesús en la creación de un nuevo tipo de relaciones, que anticipan ya en este mundo el Reino futuro. Estas relaciones están basadas en el amor fraterno y en la fe en Dios. Esto nos lleva a afirmar que hay muchos modos de ser familia y de ejercer la paternidad y/o la maternidad. La maternidad y/o la paternidad pueden darse fuera de la generación biológica. No sólo en el caso de la adopción. Es posible ser padre o madre solteros sin necesidad de adoptar a nadie en concreto. A veces a las religiosas y a los religiosos se les llama madre o padre. Se trata de una maternidad y paternidad espiritual.

Hay modos de dar vida y de ser fecundos más allá del maravilloso y siempre nuevo misterio de cada nacimiento biológico. En la entrega a los demás, en el cuidado del necesitado, del anciano, del enfermo, del niño abandonado, hay también un modo de ejercer la paternidad-maternidad que, para el cristiano, es imagen y reflejo del cuidado amoroso que Dios tiene sobre cada una de sus hijas e hijos. La mejor imitación de esta paternidad-maternidad divina no es la biológica, sino precisamente la que no nace de la carne ni de la sangre. Madre y padre son palabras suficientemente amplias, profundas, como para que no queden restringidas a lo inmediatamente biológico.

El modelo más acabado (el primer analogado dirían algunos) de la maternidad-paternidad es precisamente el Padre del cielo que da vida por su Palabra; más aún, que nos da su propia vida por medio de su Espíritu. Siguiendo este modelo de dar vida por la palabra y el espíritu, hay mujeres y varones (que quede claro: no solo en la vida religiosa) que han renunciado voluntariamente a la paternidad-maternidad biológica para engendrar una vida más íntima, más espiritual, más fecunda, más duradera, más auténtica, más libre. Y para poder ser madres y padres sin limitación alguna.

La maternidad y la paternidad van más allá de lo biológico. Hay padres, madres, hijas e hijos “naturales”, “biológicos”, que no se quieren. La filiación y la paternidad brotan más del amor que de los genes. Mientras no acoges al hijo de tus genes, mientras no le amas de corazón, no puedes considerar que has cumplido con la maternidad y la paternidad. La verdadera maternidad-paternidad va más allá de lo biológico. Es fruto del amor. ¿No es esta la idea que subyace en esta palabra de Jesús: mi madre y mis hermanos son los que cumplen la voluntad de Dios? María es “madre” de Jesús no tanto por haberle llevado en sus entrañas cuanto por haberle amado, haber creído en él y haber acogido su Palabra. Lo primero, las entrañas, sin lo segundo, sin la acogida de la Palabra, no sirve de nada. Lo que nos hace hermanos de Jesús no es un dato biológico, sino espiritual. Igualmente, lo que nos hace hermanos, hijos, madres o padres, no es exactamente lo biológico (que también puede darse), sino el amor.

En Cristo lo que cuenta no es la carne ni la sangre. Los religiosos no hemos renunciado a la familia. Buscamos crear un nuevo tipo de familia lo más parecida posible a la que Jesús quiso crear; familia que anticipa, ya ahora, lo que será la familia definitiva de Dios. Esta familia “evangélica” no anula la familia tradicional, sino que la exige, dada la condición de este mundo.

3.4.- En pobreza, castidad y obediencia

Los que forman parte de una comunidad religiosa profesan los consejos evangélicos. La pobreza, la castidad y la obediencia son dimensiones propias de toda vida cristiana. Pero en la vida consagrada esto propio de todo cristiano se vive de una forma peculiar y llamativa. A este respecto el Concilio Vaticano II afirmó: “la profesión de los consejos evangélicos aparece como un símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana”⁹. Y esto le permite

⁹ *Lumen Gentium*, 44

recomendar que en las nuevas Iglesias se promueva desde el principio la vida religiosa porque “indica claramente la naturaleza íntima de la vocación cristiana”¹⁰.

En otras palabras: la pobreza, la castidad y la obediencia no son exclusivas de la vida religiosa. El bienaventurados los pobres, el bienaventurados los limpios de corazón y el bienaventurados los que cumplen la Palabra Dios, eso va dirigido a todos. Pero en la vida religiosa se realizan unos gestos llamativos que recuerdan a todos los cristianos lo que nunca deben olvidar: que no hay seguimiento de Cristo ni entrega al Dios que Jesús revela sin una vida de pobreza evangélica, de castidad y de obediencia a la voluntad de Dios.

4.- DEJAR CLARA NUESTRA NECESIDAD

De todo lo anterior se desprende la necesidad de la vida religiosa. Ella es necesaria en cuanto tal, no solo por los trabajos y servicios que sus miembros prestan a la Iglesia y a la sociedad.

Sin la vida religiosa faltaría algo esencial en la Iglesia. De ahí la acertada intuición de Juan Pablo II: “el concepto de una Iglesia formada únicamente por ministros sagrados y laicos no corresponde a las intenciones de su divino Fundador tal y como resulta de los evangelios y demás escritos neotestamentarios”¹¹. En su escrito “La vida consagrada”, donde se encuentra la frase que acabo de citar, Juan Pablo II pretendía destacar la naturaleza profunda de la Iglesia, que no es de tipo estructural, sino fraternal y comunitario. Esta naturaleza la expresa y realiza la forma de vida consagrada, puesto que se corresponde a “la forma de vida practicada personalmente por Jesús y propuesta por Él a los discípulos”. La vida consagrada se sitúa así a nivel de símbolo: es expresión plástica y visible de un modo de vida. El modo de vida no es por sí mismo baremo o termómetro de santidad. O sea, no se trata de que los religiosos sean más santos, más buenos o más eficaces que los presbíteros o los laicos. Se trata aquí de un planteamiento objetivo y, en este terreno, se sitúa lo que dice Juan Pablo II: “Se debe reconocer una excelencia objetiva a la vida consagrada, que refleja el mismo modo de vivir de Cristo”. Subjetivamente es posible que las cosas funcionen de otro modo. Y en el terreno subjetivo cada uno es responsable de su vida ante Dios y ante los hombres.

Personalmente tengo la impresión de que la vida consagrada (más la masculina que la femenina), en algunos lugares, sobre todo de los países más desarrollados, ha perdido la valoración que antaño tenía: muchos creyentes conocen y reconocen la importancia del compromiso laical y del ministerio sacerdotal, pero no saben distinguir y situar la función

¹⁰ *Ad Gentes*, 18

¹¹ *Vita consecrata*, 29.

propia del religioso. Y, sin embargo, la Iglesia es algo más, bastante más, mucho más que laicos y presbíteros. En ella, la vida religiosa (vuelvo a citar al Papa) es “una realización más completa del fin de la Iglesia”, que no es otra cosa que la comunión anticipada del reino de los cielos. La presencia de los religiosos en la Iglesia es, por tanto, absolutamente necesaria en cuanto tal, o sea, no en tanto que asimilados, sino en tanto que fieles a los que se considera necesarios y a los que se estimula en la realización de su propio carisma.

Por eso es importante que, aunque otros no lo tengan claro, las religiosas y religiosos tengamos clara nuestra identidad. Hay muchos religiosos varones que tienen una excesiva querencia por la vida parroquial, hasta el punto de que confunden su ser religioso con su ser párroco. El ser religioso define una identidad; el ser párroco, un ministerio, o sea, un oficio. Pero la vida religiosa no se define por un determinado ministerio. De ahí la importancia de aclarar (a seculares, presbíteros, religiosas y religiosos) la diferencia fundamental entre el ser religioso y tener encomendado un ministerio; y también la diferencia entre celibato sacerdotal y voto de castidad.

Por una parte, el sacerdocio no es constitutivo de la vida religiosa. Por otra, el celibato sacerdotal es una cuestión disciplinar y no es constitutivo del sacerdocio. El voto de castidad es constitutivo de la vida religiosa. De ahí que una religiosa podría opinar con libertad sobre el sacerdocio de la mujer (dejo ahora metodológicamente aparte que se trata de una cuestión no discutible hoy en la Iglesia), puesto que no tiene con ello ningún interés que defender. Y un religioso podría opinar libremente sobre la conveniencia de que hubiera sacerdotes casados en la Iglesia, puesto que no tiene con ello ningún interés personal que defender. En este sentido, el voto nos hace más libres, también en esas cuestiones.

5.- PARADIGMAS DE VIDA RELIGIOSA

Vuelvo a esos cincuenta años transcurridos desde el Concilio, que no son nada o que son mucho. Pues durante estos años han aparecido una serie de tópicos (idea que se repite con frecuencia) o de paradigmas (modelos) con los que se ha buscado definir la vida religiosa, su razón de ser, su lugar dentro de la Iglesia y su misión hacia el mundo. Estos tópicos tienen gran parte de verdad y, de un modo u otro, siempre están presentes en la vida religiosa. Su problema es la absolutización, pretender que con ellos se agota el todo de la vida religiosa.

El jesuita José A. García¹² entiende que son tres los paradigmas que, después del Concilio, han servido para entender la vida religiosa: el primero, la autorrealización, como reacción a la vida religiosa entendida desde la observancia. Todavía recuerdo que, siendo yo novicio, el Maestro contaba que uno de nuestros Superiores Generales había dicho algo así: un dominico que cumpla todas las Constituciones puede ser declarado santo sin ningún otro requisito. Olvidaba este buen superior que se pueden cumplir las reglas y ser un orgulloso o no tener caridad. No conviene olvidarlo, en estos tiempos en que muchos pretenden volver a la liturgia, las constituciones, las observancias del pasado. Cuando alguien me habla de este retorno yo digo: de acuerdo, pero empezando por la obediencia y sin tarjeta de crédito.

Por otra parte, esto de la autorrealización está muy bien, siempre que no olvidemos que la realización cristiana no consiste en “sentirse a gusto en su propia piel”, ni tampoco en recluarnos en nuestro interior. No podemos vivir el seguimiento de Cristo, hombre para Dios y para los demás, bajo la forma de la autosatisfacción o autorrealización, sino desviviéndonos por los demás, haciendo la experiencia de que hay más alegría en el dar que en el recibir, en servir y entregar la vida, siguiendo los pasos de Jesús, que no vino a ser servido, sino a servir¹³.

El segundo paradigma al que se refiere José A. García es el profético (supongo que como reacción a conformismo). El problema que ha planteado este paradigma es el del excesivo individualismo. Después del Concilio muchos religiosos y religiosas se marcharon de Europa e hicieron una gran obra social entre los pobres de África y de América, con una entrega admirable. Pero se trataba de proyectos individuales que nacían y morían con ellos. Su Provincia y la comunidad a la que estaban asignados (aunque con frecuencia no vivían en ella) apoyaban estos proyectos, pero el tiempo demostró que no los asumían como propios.

Un tercer paradigma es el comunitario, como reacción precisamente a este individualismo al que acabo de referirme. Sin duda, no hay seguimiento de Jesús en la vida religiosa sin vida comunitaria. Para muchos religiosos, pero sobre toda religiosas, este fue el eje central de su vida: vivir en comunidad. Pero el vivir en comunidad no tiene valor por sí mismo, sino en función de una misión y de un testimonio. Más aún, en una comunidad todo puede estar muy bien organizado, pero si falta el amor, si los hermanos y hermanas no se quieren de verdad, entonces la dura realidad conduce al desencanto y al abandono. Todavía

¹² “Desde Vaticano II hasta hoy, cuatro paradigmas de Vida Religiosa”, suplemento de *Vida Nueva*, 8-14 de septiembre de 2012.

¹³ Cf. JUAN MARTÍN VELASCO, “La identidad cristiana: problemas y oportunidades en situación de pluralismo”, en *Tiempo de disenso: creer, pensar, crear*, Fundación Chaminade-Tirant Humanidades, Valencia, 2013, 95-96.

recuerdo la sorpresa que se llevaron algunos monjes de una famosa abadía, cuando en unos Ejercicios que yo predicaba dije que nuestros conventos eran comunidades de hermanos y hermanos que son amigos. Amigos sí, siguiendo la palabra de Jesús: a vosotros no os llamo siervos, sino amigos. El desencanto que produce, a veces, la vida comunitaria, hizo que muchos se refugiaran en la misión o en los trabajos; y los que no tenían misión o trabajo satisfactorio, abandonaron.

Algunas variantes de estos tres paradigmas podrían ser: la opción por los pobres (otra manera de denominar el ser profético de la vida religiosa), la inserción (no se trata solo de estar a favor de los pobres, sino de vivir con ellos y como ellos), las pequeñas comunidades y las comunidades homogéneas (dos maneras de decir que las relaciones entre grupos pequeños o entre gente parecida son más familiares y fraternas). Estas variantes tienen sus ventajas, pero también sus inconvenientes. Por ejemplo, en un grupo pequeño, si las cosas van bien, todo es muy fácil. Pero si van mal, la convivencia termina convirtiéndose en un infierno. Un grupo pequeño tampoco garantiza que haya más o mejor oración; a veces, ocurre lo contrario. Tampoco lo garantiza un grupo grande. Quiero decir con eso que no es posible establecer criterios generales y que siempre hay que contar con las personas y las circunstancias

José Antonio García propone un cuarto paradigma, formado por tres dimensiones que tienen entidad en sí mismas (o sea, que cada una vale por sí misma), pero que en la vida religiosa deben ser interdependientes, o sea, apoyarse la una en la otra. En realidad, la vida religiosa es una delicada síntesis de varios elementos: oración, vida común, misión, observancias regulares, liturgia, trabajo, estudio. Los tres elementos nucleares de este cuarto paradigma serían: vocación, convocación y misión. El texto de Mc 3,13-15 puede ser un buen referente evangélico: “Jesús llamó a los que él quiso, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar demonios”. Jesús llama: eso es la vocación. Llama, sin duda, a través de circunstancias históricas y de mediaciones humanas, pero llama él. La vida religiosa es una iniciativa divina. Es el Señor el que nos invita a dejarlo todo y seguirle. Y nos llama para que juntos (convocación) realicemos una tarea peculiar en la Iglesia y en el mundo (misión).

Vocación: el Señor es el que nos sostiene. Por eso es importante tener una relación personal con él, por medio de la oración, de los sacramentos de la eucaristía y la reconciliación, la celebración del oficio divino, la lectura espiritual. Convocación: somos llamados, pero somos llamados juntos, para formar una comunidad de hermanas y hermanos. En la vida religiosa, la vocación no se entiende sin la convocación, sin la comunidad, lugar privilegiado en el que el Señor nos habla a través de las hermanas y hermanos. Una

comunidad requiere unos mínimos de organización, unas reglas de juego, unas constituciones y reglamentos. Misión: no hay vida religiosa sin tarea apostólica, sin un servicio a los hombres; el servicio puede ser el testimonio de la oración (vida monástica) o el servicio de la caridad (vida apostólica). Esta misión es de la comunidad; es la comunidad la responsable de la misión. Por eso, el carisma y la misión permanecen más allá de los individuos que en un momento dado realizan una determinada tarea.

Todas las misiones se resumen en una: dar a conocer el nombre de nuestro Señor Jesucristo; o dicho de otra manera: hacer presente el Reino de Dios. La misión es llevar a las mujeres y varones de nuestro tiempo a conocer el Dios revelado en Cristo. Dar a conocer a este Dios es también dar a conocer la dignidad de la persona humana. Hablar de Dios es un modo de hablar del hombre, de mirarlo y de tratarlo. Porque Dios es un Dios de los hombres y quiere para todos y cada uno un presente y un futuro lleno de vida. Un discurso sobre Dios que no nos lleve a defender al ser humano y a comprometernos por su bienestar es un falso discurso, una ideología, una blasfemia.

6.- TRES PILARES PARA SOSTENER LA VIDA RELIGIOSA

Me gustaría prolongar este cuarto paradigma de vocación, convocación y misión, haciendo no sé si un análisis psicológico, una pequeña exhortación espiritual u ofreciendo un recetario rápido para sentirse contento como religioso. Yo mismo he repetido, en distintas charlas y coloquios, que la vida religiosa se sostiene sobre tres pilares que se refuerzan el uno al otro. Si los tres van bien, estamos en el mejor de los mundos. Si fallan los tres, aparece la amargura y el desánimo. Si uno va bien, otro regular y otro mal, entonces la vida del y de la religiosa pasa por momentos difíciles, pero superables. Diciendo esto no trato de justificar la mediocridad, pero en aras del realismo siempre suele flaquear alguno de estos tres pilares y, en todo caso, casi nunca se viven los tres con la misma intensidad; siempre hay alguno que no tiene la misma fuerza que los otros. Ya Tomás de Aquino decía que la “caridad” (amor a Dios) es imperfecta en este mundo¹⁴. La vida religiosa es para gente débil, pero consciente de su debilidad. En ella, decía también Tomás de Aquino, no están los perfectos, sino los que aspiran a la perfección¹⁵.

¿Cuáles son esos tres pilares que hay que cuidar y cultivar para que la vida religiosa se mantenga con firmeza, ilusión, esperanza y sentido? La relación con Dios, la vida comunitaria y la misión. Dicho de otro modo: en primer lugar, la vida teologal, incluido el estudio de la

¹⁴ *Suma de Teología*, II-II, 23, 1, ad 1; *De Caritate*, a. 10

¹⁵ *Suma de Teología*, II-II, 184, 5, ad 2.

teología, pues como dice Jesús no basta oír la palabra, hay que entenderla, comprenderla (Mt 13,18.22), ya que entender es condición de la acogida; en segundo lugar, las relaciones fraternas y amistosas dentro del grupo comunitario (para no buscar fuera lo que no tenemos dentro) y, en tercer lugar, un trabajo, un apostolado que nos llene humanamente, que nos haga sentirnos útiles, que haga que nuestra vida sea fecunda; un trabajo en el que nos sintamos valorados y recompensados, que sostenga nuestra autoestima.

Digo esto como fruto de mi propia reflexión y de mi propia experiencia. Hay gente triste entre nosotros, frailes y monjas que no se sienten valorados, que viven solos, que han dejado de rezar, que no acaban de encontrar su lugar, que no tienen nada o muy poco que hacer, que se pasan el día aburridos. Por eso buscan compensaciones de todo tipo. Se pasan el día viendo la televisión, o criticando y espiando a los demás. Buscan fuera el cariño que no encuentran en la comunidad, a veces sin mucho éxito, lo que les lleva a buscar otro tipo de compensaciones (como el sexo, mal sucedáneo del amor).

Situaciones como estas se han dado siempre. Ahí no está la causa de la falta de vocaciones; ahí está la causa del bienestar o malestar personal. Por eso, es bueno que nos recordemos unos a otros la necesidad de rezar un poquito, de tener un tiempo de lectura espiritual, de cuidar el oficio divino; también es importante que nos llevemos bien con los hermanos, que en nuestras comunidades haya un ambiente familiar, que tomemos con humor las deficiencias propias y ajenas, que ayudemos a los ancianos y comprendamos a los jóvenes; finalmente, importa que cada uno encuentre un trabajo que le satisfaga, en el que se sienta valorado, realizado, un trabajo en el que se sienta a gusto, que le haga sentirse necesario. Ahí están, a mi entender, las claves de una vida religiosa realizada.